

# LA INTRUSA

Júlia Lopes de Almeida



## C A P Í T U L O 1

— ¡Qué temporal!  
— ¡Y menudo fresco! ¿Sabéis de algo más agradable que oír el ruido de la lluvia cuando se está abrigado? Yo lo estoy disfrutando...

— ¡Qué egoísta estás hecho! Como estás en tu casa..., pero... desalmado, ¡acuérdate de nosotros! Va siendo hora de que me recoja en casa. Y el padre Assunção, como no se quede por el camino, también tendrá que recorrer un buen trecho a pie. ¡A Teles el tranvía lo lleva hasta el dormitorio! Nació con suerte.

Aquella fea noche de lluvia conversaban en casa del abogado Argemiro Claudio, sita en Cosme Velho, su gran amigo el padre Assunção, el diputado Armino Teles y Adolfo Caldas, hombre de cuarenta años, sin profesión determinada, pero muy bien recibido en los círculos políticos y literarios, que frecuentaba con asiduidad.

Habían cenado tarde y en ese momento fumaban en la biblioteca de Argemiro, sentados a la mesa de póquer.

Menos por virtud que por cansancio, el padre Assunção no había querido participar en el juego y andaba por la sala sacudiendo el paño de la sotana con cada impulso de sus largos pasos. Era alto, delgado, anguloso, de tez pálida, y en sus facciones acentuadas, en las que mejor casaría el sarcasmo, había tal expresión de candidez que Adolfo Caldas solía decir:

—La risa de Assunção huele a rosas blancas.

El doctor Argemiro, abogado, según rezaban los diarios de Río —de los más eminentes por estos pagos—, jugaba por jugar, sin mayor interés, solo como excusa para atraer a los amigos a su casa de viudo y darle a su alma una palpitación que le iba haciendo falta...

«¡Ay! Una casa sin mujer —afirmaba él— es una tumba con ventanas: toda la vida está fuera...». ¡Y pensar que aquello había de ser para siempre!

El doctor Argemiro Claudio de Menezes, descendiente directo de los Iglesias de Menezes, nobles de Portugal, cuyo palacete blasonado aún existe aunque arruinado en aquel país, en tierras limítrofes con España, junto a un río refulgente y pinares perdidos, era un hombre todavía joven, robusto, de carnes sólidas y ojos negros, en los que acaso todavía se transluciese la raza árabe, endulzada por el cruce con la lusitana. La barba negra, cortada al ras de su pálido rostro, tenía ya algún que otro hilo plateado, y el cabello cortísimo le dibujaba la cabeza redonda y fuerte. Tenía las manos pequeñas, de actitud perezosa, en contradicción con la energía de su tipo. Viudo desde hacía siete años de una hermosa señora cuyo retrato aparecía en cada rincón de la casa, había expresado que no volvería a casarse.

La mujer, hija de los barones de Cerro Alegre, se había llevado la mejor parte de su vida.

Del primer año de matrimonio, que había durado cinco, existía una hija, María da Gloria. La niña vivía con los abuelos maternos en una finca de las afueras y a los once años andaba ahora con los rudimentos de portugués y de música. Igual que el padre y los abuelos, se interesaba por ella el padrino, el padre Assunção.

Sin interrumpir la partida, el diputado Armindo Teles se jactó:

—Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida; no necesito nada más para considerarme recompensado por los sacrificios que me ha costado la diputación..., ríos de dinero, noches de insomnio, peleas con los otros partidos..., de todo he recibido hoy el premio. Imaginad que tuve que luchar a brazo partido con el propio gobierno, importunar a colegas, incluso enfrentarme a principios que valoro de gratitud personal y de conveniencia propia, y que, soportándolo todo como un soldado en la guerra, conseguí la victoria. ¡Imaginad si no estaré satisfecho! Una victoria política, ya lo dijo Chartrier, embriaga más que el más viejo licor.

—¿Chartrier...? —preguntó con curiosidad el padre Assunção.

Armindo Teles pareció no oírlo y prosiguió:

—Por desgracia, ahora en la Cámara tenemos pocos talentos combativos. Carecemos de mayor vivacidad... La indiferencia de unos y la mala voluntad de tantos debilitan los golpes de uno u otro más entusiasta... Yo crucé mis armas, en esta porfía, con los mayores talentos de la Cámara y a todos los herí sin piedad. Me granjeé enemigos, pero poco importa, ¡triunfé!

Adolfo Caldas, alzando la mirada de los naipes desplegados en abanico en su mano rolliza, inquirió sonriendo:

—¿Con qué hecho ilustre has dado gloria a la patria?

—¡Con el reconocimiento de Simão da Cunha, mi colega Simão da Cunha, contra el que la Cámara en pleno guerreaba!

Bajo el bigote de Argemiro pasó la sombra de una sonrisa. Adolfo Caldas impregnó de cándida ingenuidad sus maliciosos ojos castaños y tan solo dijo, como si deseara saber:

—¿Cunha...? —Y a continuación—: ¡Ah! ¡Simão! Sí... es elegante. Viste bien.

—No es un águila —afirmó Teles— pero es de lo que se llama una mediocridad laboriosa... y es, sobre todo, ¡un hombre de bien!

—Eso en política no tiene valor —comentó el dueño de la casa—. Pero ¡¿qué haces ahí, padre Assunção, rebuscando en los estantes?!

—Ando a ver si encuentro algún libro de Charrier...

—Mira, el catálogo de los libros debe de estar en aquel cajón, ¡si es que Feliciano no lo ha echado a la lumbre! Ya no sé ni lo que tengo...

—¡Lo que tienes que buscar son los sermones del padre Vieira!<sup>1</sup> —dijo Armindo Teles con maldad.

—No me hace falta; me los sé de memoria.

—¿Los haces pasar por tuyos?

—Lo haría si los diputados fueran a la iglesia; pero como sabes, no ante los demás..., ¡temo que se den cuenta!

Todos rieron. Teles replicó:

<sup>1</sup> N. de la Trad.: António Vieira (1608-1697) fue un jesuita portugués. Además de filósofo y orador, fue misionero en Brasil, donde adquirió fama por la defensa de los pueblos indígenas y la lucha contra la esclavitud.

—¡Todavía llegaré a verte en la tribuna parlamentaria, padre!

—Puede que sí. Los cilicios hacen santos..., pero ¿acaso yo, humilde cura, encontraría a quien se batiese por mí con el mismo denuedo con el que tú te batiste por...?

—Simão da Cunha.

—¿Por ese señor?

—Yo mismo.

—Guarda tus armas para mejor combate, amigo. No tengo envergadura sino para un servicio: el divino. Aquí tienes un libro precioso, Argemiro.

—¿Cuál?

—La vida de don fray Bartolomé de los Mártires.<sup>2</sup>

Adolfo Caldas comentó:

—¡Solemnísimo! ¡Qué bella lengua, reverendo!

—¡Hermosa! Fray Luis de Sousa tenía a quien parecerse...<sup>3</sup>

El padre Assunção se quedó de pie, junto a la alta estantería de jacarandá, hojeando el libro con suma atención.

El diputado recogió las cartas de los jugadores: había ganado la partida.

—La sabiduría de los proverbios se está viendo comprometida... —declaró Argemiro—. ¡Acabas de

<sup>2</sup> N. de la Trad.: Bartolomeu Fernandes (1514-1590) fue un fraile dominico y teólogo portugués, que llegó a ser arzobispo de Braga y participó en el Concilio de Trento. En 2019 fue elevado a la santidad por el papa Francisco.

<sup>3</sup> N. de la Trad.: Manuel de Sousa Coutinho (1555-1632) fue un militar portugués que, en 1614, tomó los hábitos y se volcó en la escritura, adoptando el nombre de fray Luis de Sousa. Está considerado uno de los escritores más brillantes en lengua portuguesa y es autor de la *Vida do Arcebispo D. Frei Bartolomeu dos Mártires*.

demostrar que la suerte en el amor es compatible con la del juego!

—Lecho, tribuna y mesa —añadió Adolfo Caldas—: ¡ahí tienes un lema adecuado a tus triunfos, Armindo!

Teles sonrió, respondiendo sin disimular su vanidad:

—Lecho y tribuna..., vaya; pero la mesa, ¡no sé por qué!

Caldas, sin dejar de barajar las cartas, concluyó:

—Usé lo de la mesa *sensu lato*, por hablar como un diccionario. Me refería a la mesa de presupuestos, a la mesa de bacará y hasta a la mesa de comer. No quiero hacerte la injusticia de suponer que te alimentas a base de leche y agua de Vichy... Comienzas a tener barriga; no puedes reírte de mí, y hoy comiste a mi lado, no olvides tal circunstancia: ¡comiste como un hombre de conciencia limpia y magnífico estómago! Te tengo en mayor consideración después de haberte visto comer.

Argemiro observó, riendo:

—Es el ejercicio de la profesión...

—Me confundís con Araújo Braga... —respondió Armindo Teles—, quien a fuerza de pasta adoptó la práctica de la masticación<sup>4</sup> y cuya imprudencia incluso lo lleva a decir, como dijo ayer a la puerta de la sombrerería Watson delante de mí: «Hoy solo me dedico a roer subsidios y clientes».

—Al menos tiene el mérito de la franqueza. A mí solo se me presentan causas pésimas, clientes ya desollados, en los huesos. Si no tuviera algún que otro bien, ¡iría a mendigar a la esquina! —declaró Argemiro.

<sup>4</sup> N. de la Trad.: La autora juega aquí con el doble sentido de la palabra portuguesa *pasta*, que hace referencia tanto al alimento como a la cartera que emplearían diputados y ministros.

La partida llegó a un punto en que requería la atención absoluta de los jugadores. Quedaron largo tiempo en silencio, los ojos fijos en las cartas, entreabriendo la boca únicamente para pronunciar las expresiones obligadas del póquer.

El padre Assunção continuaba leyendo, de pie, con el hombro apoyado en el ángulo del estante. La sotana, har- to desvaída, le dibujaba el contorno esbelto del cuerpo al descender pegada a la moldura del mueble, confundiéndose con él en la sombra del aposento.

Los tres jugadores tenía un aspecto muy distinto. En contraste con la completa severidad del dueño de la casa, el diputado Armindo Teles alegraba la sala con los tonos claros de su ropa blanquecina y su corbata escocesa, atravesada por un rubí fulgurante. Representante del estado de Paraná, que lo tenía por un político hábil, presumía de conocer las cosas y a los hombres de Río de Janeiro como a los de su propia tierra, donde su familia lamentaba la ausencia de su persona gallarda y educada. Maleable, imprimía en su periódico de Curitiba las cambiantes políticas de su partido y la voluntad soberana de su jefe, y de esta forma se mantenía en equilibrio sobre la envidiada posición de representante de la nación. De piel clara, rubio y sin barba, que afeitaba escrupulosamente, aparentaba menos edad de la que tenía en realidad. Hablaba con sosiego y un agradable timbre de voz. En ocasiones, el mismo Caldas se burlaba:

—En la cámara, cuando habla Armindo, no escuchan sus palabras: oyen su voz. *¡C'est la voix d'or* del congreso!

Igual que la voz, tenía blando el gesto, que parecía obedecer a un estudio al que, por cierto, jamás se había aplicado... Las manos, pequeñas, mostraban sus anillos caros sin desviarse mucho del pecho, siempre resguardado por linos claros y trajes correctísimos.



Frente a él, Adolfo Caldas, gordo y calvo, con un eterno cigarro puro atrapado entre los labios carnosos cubiertos por un bigote castaño, se movía cómodamente en su terno de paño negro, con un airecillo de superioridad sin pretensiones.

Adolfo Caldas decía ser de Río Grande, pero algunos afirmaban que había nacido en Montevideo, de familia brasileña. Vivía desde los veinte años en Río de Janeiro, siempre en el círculo elevado de financieros ilustres y ministros reputados, arrimándose a árboles de frutos sustanciosos y buena sombra. Solterón, intermediario de pingües negocios, se permitía el lujo de un viaje de vez en cuando a París, cuyas pinacotecas conocía como la palma de la mano.

Amaba la pintura y leía buenos libros portugueses, sobre todo clásicos. Era con él con quien el padre Assunção a veces conversaba sobre literatura antigua, seguro de que los grandes libros espirituales, así como los profanos, provocaban igual admiración al juicio competente de aquel hombre de tan experta sagacidad.

Se produjo una pequeña pausa en la partida; Feliciano entró con las copas de chartreuse. Al abrirse la puerta, se oyó el ruido de la lluvia golpeando con fuerza los ladrillos de la terraza y un estremecimiento de frío hizo que el doctor Argemiro, que estaba de espaldas a la entrada, se volviese.

—Oye, Argemiro, ¿de dónde sacaste al Feliciano este?  
—preguntó Caldas, mirando al copero, un negro de treinta y pocos años, alto y bien vestido.

—De la familia de mi suegra... Es hijo del ama de cría de mi mujer.

—Si no fuese una reliquia familiar, te lo pedía para mí.

Feliciano, que los servía a todos como si no hubiera oído cosa alguna, sustituyó los ceniceros llenos por otros, se dio la vuelta y salió en silencio.

—Si no me equivoco —observó Armindo Teles—, lo vi el otro día en casa de Lolota.

—¡Ah! ¿Conque tú también...?

—¡Qué! ¿Que si voy a casa de Lolota? ¡Pero si todo el mundo va a casa de Lolota!

—Hasta Feliciano... —murmuró Caldas.

—¡No! Feliciano llevaba un recado. Iba con una carta mía —lo corrigió Argemiro.

—¡Por eso la mujer discutía de leyes con tanta corrección! Enhorabuena. Es deslumbrante.

—No sabría decirte; la carta era de negocios, es mi clienta.

—¡Hombre puro, que ni siquiera sabe si sus clientas son bonitas o no! Yo me confieso pecador impenitente: cuando veo una falda, ¡enseguida levanto la vista para ver si el rostro de la dueña es atractivo! ¡Tápate los oídos, padre Assunção!

El cura sonrió sin apartar los ojos de la lectura.

—Pecar sigue siendo y será lo mejor de la vida —continuó Armindo—; pecados de amor, claro está. Ah, en este Río de Janeiro, por mucha que sea la voluntad de resistir, ¡nadie huye de la tentación! ¿Conoces al doctor Aguiar?

—¿El de Caieira?

—El mismo. Resulta que cuando pretende alguna cosa de la Cámara o de los ministros, envía a su mujer a las secretarías o a casa de los diputados. Un día fue a buscarme al hotel y, como el asunto era reservado, tuvimos que tratarlo en mi habitación. El salón estaba lleno. ¡Qué guapa iba!

—¿Y...?

—Aguiar se enredó en cien historias; aun así, su pretensión era justa. Sin embargo, si la mujer fuese fea, y no lo digo por mí, creo que no conseguiría nada. El caso no dependía de mí, ¡sino de alguien que presta más atención a la hermosura ajena!

Armindo interrumpió el relato para tomar un trago de chartreuse.

El padre Assunção, acaso para desviar el asunto mal encaminado, por haber encontrado el fragmento en cuestión o para llamar la atención de Caldas sobre él, leyó en voz alta una frase:

*Un pecado llama a otro pecado, y este enseguida viene acompañado hasta llevar a la depravación y verse sin remedio. Miserabilísimo estado que abre las puertas de par en par a todo género de vicio y borra toda memoria del cielo y la eternidad.*<sup>5</sup>

El padre Assunção cerró el librito de fray Luis de Sousa, lo colocó en el anaquel y fue a sentarse al lado de Argemiro. Estaba esperando a que escampase para marcharse, pero la lluvia caía en torrentes fuertes y continuados. Incluso hubo un momento en que la tempestad pareció recrudecerse en su furia. Assunção confesó:

—Tengo miedo de que el temporal de esta tarde me haya tronchado el almendro del patio...

Los jugadores estaban absortos; apenas lo oyeron. Al cabo de un rato, perdido el interés por el póquer y reparando en el ruido del agua, Argemiro propuso que todos se quedaran con él: la casa tenía habitaciones de invitados. Ninguno aceptó. Caldas confesó que no era capaz de dormir en Río sino en la cama hecha por su *ménagère* y el padre Assunção afirmó que su madre no se acostaría hasta verlo entrar en casa.

<sup>5</sup> N. de la Trad.: El fragmento procede del capítulo XXIV del primer libro de la *Vida de D. Frei Bartolomeu dos Mártires*, de fray Luis de Sousa, anteriormente mencionado en este mismo capítulo.

La partida se prolongó hasta las once, cuando abandonaron los naipes y Armindo descorrió las cortinas para otear la calle a través del cristal de las ventanas.

—¡Sigue lloviendo! ¡Y fuera debe de hacer frío! ¡Se diría que estoy en Curitiba!

El padre Assunção, volviéndose hacia el dueño de la casa, dijo:

—Mañana tengo que ir a casa de tu suegra, ¿quieres alguna cosa para nuestra María?

«Nuestra María» era como el cura llamaba la hija de Argemiro, a la que había bautizado y adoraba.

—Nada... Iré a visitarla el domingo. Quiero ver si la próxima semana puede venir a pasar un par de días conmigo.

—¿Aquí?!

—¿De qué te sorprendes?

—¡Pero hombre! ¿Con quién vas a dejarla cuando tengas que salir?

—Vas a reírte... Hoy he puesto un anuncio en el periódico pidiendo una joven que se encargue de la casa de un viudo solo.

—¡Estás loco! No caigas en semejante burrada... Mira que atraes el peligro a casa.

—Ya no aguanto más a Feliciano; necesito a alguien que me ayude a soportarlo. Y ya conocéis el motivo. No quiero que mi hija se críe completamente ajena a su casa; a mí también me hace falta su compañía, al menos una vez al mes.

—¿Y confiarás a nuestra María a cualquier mujer desconocida?

—Gloria no estará lejos de los abuelos más que un día... Es un consuelo fugaz el que busco. Estoy viejo...

Caldas lo previno:

—Ten en cuenta que esas madamas llevan anzuelos en las faldas... Cuando menos te lo esperes..., te habrá pescado... ¡y eres buen pez! Es una raza abominable la de las gobernantas... ¡Verás mañana qué afluencia de francesas viejas tendrás a la puerta! Fea o bonita, la mujer siempre es peligrosa. ¡Preferiría quedarme tranquilito en brazos de Feliciano!

—¡Qué idea, poner un anuncio! —repetía el sacerdote—. Si al menos no tuvieras a la niña...

—Necesito una mujer en casa que no sea ignorante como una criada, pero que no tenga pretensiones de otra cosa. Sabré indicarle cuál es su lugar. No quiero verla, solo sentir su influencia en casa. Esa es mi condición principal.

—¡Me parece acertada! Como ya he dicho, ¡a tal oficio solo se presentan mujeres retiradas de otros servicios debido a su edad! Feas, pero habilidosas... Al cabo de algún tiempo caerás enfermo, ella será una enfermera cariñosa y la comedia acabará casi sin que te des cuenta. Es lo habitual. Assunção te lo echará en cara. Ya te lo advierto.

—¿Se lo has consultado al menos a tu suegra? —preguntó el sacerdote.

—No. Ella, con el temor de que le reclame a la nieta, siempre se ha negado a ayudarme a este respecto.

—No te llesves a nuestra Gloria de allí. Está muy salvaje, pero está muy bien. De verdad que esas señoras venidas por anuncio a ocuparse de la casa de un viudo han de tener intenciones harto extrañas. Al menos que sea vieja.

—¡No! Las viejas huelen a gallina cuando no pertenecen a la buena sociedad. Una, que metí en casa por probar, me llenó el jardín de patos y pavos que me ensuciaban la hierba con sus excrementos. Quiero una mujer que tenga buena vista, buen olfato y buen gusto. Son las

cualidades que exijo, por esenciales, en un ama de casa. Quiero una joven educada.

Armando Teles, mientras se ponía el sobretodo, cuyo cuello se subió hasta las orejas, se ofreció a ir a esperarla al día siguiente... Adolfo Caldas, calzándose las botas de goma, auguró que la joven educada tendría más de cuarenta años y no se resignaría a no conocer a *monsieur*... Y concluyó:

—Aquí estaré de espectador de la escena. Nos vamos a reír.

El padre Assunção fue el único que no se puso sobretodo ni botas de goma, limitándose a sacar del perchero su gran paraguas inglés. Allí estaba él para defender a su ahijada de un contacto indeseable...; preveía desastres que trataría de impedir. Pero ¿cómo era posible que Argermiro cayera en ridículo semejante?

Los tres salieron a la lluvia en silencio, y Feliciano, los zapatos encharcados en las baldosas del patio delantero, les deseó a todos muy buenas noches antes de cerrar la puerta.



## C A P Í T U L O 2

**E**ra mediodía cuando uno de los tranvías de Aguas Férreas paró a la entrada Cosme Velho y una joven se apeó con aire avergonzado. El tranvía continuó su camino; ella consultó una notita que llevaba en el bolso y entró en un edificio del color del maíz, rodeado de un jardín medio abandonado.

Un chiquillo fregaba el patio delantero; la mujer lo miró todavía azorada y le preguntó:

—¿El dueño de la casa...?

Afortunadamente, el pequeño no la dejó concluir; se hallaba sobre aviso y, enseguida que hizo correr una puerta de cristal hasta dejar ver parte del interior, gritó:

—¡Oye, Feliciano, ven! —Luego se volvió a la recién llegada—: Entre usted.

Ella se levantó cuidadosamente el vestido de lana negra para que no se mojara en el suelo encharcado y cruzó el patio de puntillas.

Al mirarla, el chiquillo advirtió que llevaba los botines despellejados, con los talones torcidos, y que tenía los

tobillos finos. Apenas había llegado a la puerta del fondo cuando apareció un negro muy envarado, con un airecillo desdeñoso y ataviado con una chaquetilla blanca de impecable albura.

Ella le repitió la misma frase y el hombre le indicó con un ademán que lo siguiera.

Enfilaron un pasillo hasta el despacho del doctor Arge-miro, que estaba escribiendo en su escritorio, rodeado de un montón de papeles, muy atareado, listo ya para salir.

Feliciano lo avisó desde la puerta:

—¡Ha venido una persona por lo del anuncio!

El abogado alzó los ojos y vio entrar en la pieza una figura medio encogida, que le pareció tener un hombro más alto que el otro y cuyas facciones no distinguió, pues se hallaban cubiertas con un velo bordado y quedaban a contraluz.

—Tenga la bondad de sentarse... Discúlpeme un momento y enseguida le presto toda mi atención...

Ella asintió con un ademán y se sentó cerca de la puerta. Él, bien iluminado por la claridad exterior, se apresuró a tomar las últimas notas, haciendo que la pluma chirriase sobre el papel. Llegado el momento de ordenar las hojas desperdigadas por el escritorio y de guardarlas en la cartera, para no perder mucho tiempo, fue diciendo:

—Antes de nada, como estos anuncios que solicitan señoras para casas de viudos son ambiguos y se prestan a interpretaciones poco decorosas, le digo desde ya que necesito, para el gobierno de mi casa, una mujer honesta a la que pueda confiar sin dudar a mi hija, que es una niña de once años. Ella vive fuera, pero deberá venir de vez en cuando a pasar unos días conmigo... Siendo esta la condición esencial, seguro que no le extrañará que le pida ciertas informaciones...



Argemiro esperó un instante para ver si se decidía a hablar sin que la interrogase; pero la pobre se encogió en la silla, por lo que se vio obligado a preguntar:

—¿Es usted viuda?

—... No, señor... Soy soltera...

—Ah..., pero ¿ya habrá dirigido alguna casa, por supuesto?

—Sí..., señor...

—Bien... Disculpe la minuciosidad, ¿podría decirme en qué casa ha desempeñado el cargo al que se postula?

Ella pareció no entenderlo; luego dijo en voz baja:

—En la mía..., en la de mi padre...

—¡Ah!... Y su padre es...

—Mi padre murió..., por eso yo...

Hubo una pausa. Argemiro consultó el reloj. Era tarde. ¡¿No le serviría aquella endemoniada mujer?!

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco...

—¿Se encuentra bien de salud? La salud es otra de las condiciones que exijo.

—Sí.

—En tal caso, señora mía, me temo que el tiempo apremia y no puedo quedarme más. Voy a intentar hacerme entender en pocas palabras; le ruego que me escuche con la mayor atención y que me responda con absoluta franqueza. Como le he dicho, quiero una gobernanta para mi casa que, al mismo tiempo, ejerza de acompañante para mi hija los días en que venga a verme. Para ello es necesario que dicha gobernanta sea una mujer seria, ante todo educada, no digo instruida, sino que no sea analfabeta y tenga hábitos de aseo, de orden y de economía. Es absolutamente preciso poner coto a la impetuosidad de mis

gastos domésticos. Yo no puedo ocuparme de ello. Usted dirigirá todo, con energía, para poner definitivamente las cosas en orden. Para ello dispondrá de todo mi apoyo moral. Hay una cláusula, que quizás le parezca absurda, pero que es indispensable en nuestra situación, si acepta usted las condiciones que estipulo...

Argemiro se detuvo con aire interrogante.

Ella respondió con un hilo de voz trémula:

—Perfectamente.

—Es esta: no nos veremos sino cuando sea absolutamente indispensable, o mejor dicho, ¡no nos veremos nunca! La razón de esta peculiaridad, o de esta manía, no se puede explicar por completo en pocas palabras, pero imagine que se fundamenta únicamente en esto: ¡no quiero que recaiga sobre quien debe velar por mi hija ni la sombra de la sospecha! Mi casa es grande, tiene dos plantas, y yo me paso el día en la ciudad; solo vengo a cenar por la noche. En mi ausencia, toda la casa será suya; pero, en cuanto yo entre, tendrá que saber y poder evitarme. ¿Cree que es posible?

—Lo creo...

—¿Está de acuerdo con que así sea?

—Sí.

—Piense en la responsabilidad que va a contraer.

—Ya lo he pensado...

—Soy exigente. Quiero sentir en mi casa la influencia de una persona joven, sana y ordenada. No quiero ver a esa persona, por las razones que ya le he expuesto y por otros particulares que no vienen al caso, como también le he dicho. Le advierto que no me gusta que me incomoden. ¿Acepta usted las condiciones que he mencionado?

—Sí.

—Tanto mejor; me parece que nos entenderemos. No obstante, repito, desearía que me diera alguna información sobre usted. ¿Cómo se llama?

—Alice Galba.

—Galba... Creo haber conocido en mi infancia a un anciano con ese nombre..., un botánico, si mal no recuerdo...

—Era mi abuelo...

—Entonces, su padre...

—Mi padre murió hace diez años...

Argemiro sacó el reloj. Estaba a punto de pasar el tranvía; entonces, se levantó a toda prisa y recogió la cartera y el sombrero.

—¡Qué tarde ha venido usted! Y aún nos queda algo que acordar: ¿el salario?

La joven se levantó con timidez.

—Págume usted lo que considere...

—¡Vaya! Cómo voy a saberlo.

—Yo tampoco lo sé... Es la primera vez que trabajo...

Argemiro presintió sinceridad en aquella confesión y miró a la joven. Apenas intuyó, a través del velo, un rostro delgado y pálido.

«Parece fea...», pensó para sí, con una pizca de desagrado, antes de decir:

—¿Dónde puedo mandarle aviso?

—Vendré, cuando usted me diga, a conocer su respuesta.

—Si desea aceptar el trabajo..., venga el jueves. Solo le pido alguna información más sobre sus antecedentes y que fije su salario.

El abogado, mostrándose impaciente, enfiló hacia la puerta como para despedirla. Ella le hizo una reverencia tímida y salió.

Cuando Argemiro llegó a la calle, con la cartera repleta de papeles, vio a Alice subir camino del tranvía y notó, al igual que su criado, que llevaba los botines rotos y tenía los tobillos delicados.

Aquella endemoniada muchacha le había hecho perder un tiempo precioso, y tal vez en vano. ¿Quién sabía? A lo mejor aparecía otra mejor. De esta todo le desagradaba, desde los hombros encogidos hasta los botines despellejados...

\*\*\*

Cuando Argemiro volvió a casa a cenar, se encontró al padre Assunção, que venía a traerle noticias de María da Gloria.

—Tu hija me ha pedido que viniese hoy mismo a decirte que te echa mucho de menos. ¿Qué diablos haces, que no vas a verla?

—Sabes bien en qué se me pasan las horas..., ¡qué estupidez! ¡Aquello queda tan lejos y mi suegra cierra la casa tan pronto! ... Ay, me muero por traerme a la niña, al menos de quince en quince días, a comer conmigo y llenar esta triste casa de risas y alegría. ¿Cómo la has visto?

—¡Magnífica, coloradota, fuerte! La abuela, exasperada porque no se preocupa de estudiar. Cuando llegué estaba encaramada al muro, robando las moras del vecino; cuando entró llevaba el delantal manchado y la falda toda descosida. La abuela me lo mostró quejándose, pero ¡Gloriazinha apenas le dejaba hablar de tantos besos como le daba!

Argemiro y el sacerdote rieron.

—La abuela tiene razón; mi hija ya está muy mayor para esos modales de muchacho...

—Es una niña..., déjala.

—Pero, al fin y al cabo, ¿de quién es la culpa? De los abuelos. Si viviera conmigo sería muy distinta.

—No estaría tan bien.

—Es una salvaje..., esa es la verdad; apenas sabe leer, garabatea las letras con una caligrafía pésima... ¡y toca sin ritmo unas intolerables lecciones del método! Ya tendría que saber mucho más, ¿no crees?

—¡A ver! La niña sabe en qué momento se deben plantar los repollos y podar los rosales, cómo se tiñe la ropa y se encluecan las gallinas. Es una ciencia rara hoy en día y muy útil. Tu suegra me pidió que le enseñara el catecismo para la primera comunión.

—Y tú...

—Yo le dije que por el momento dejara a la niña alabar a Dios a su manera. Cuando entré en la finca, andaba repartiendo fruta entre la chiquillería pobre del vecindario.

—Es algo tosca, pero tiene buenos sentimientos...

—Es un ángel; no es culpa suya que esté asilvestrada; cambiará con el tiempo.

—Con el tiempo no basta; estoy convencido de que necesita algo más... Pobrecita, ¿tengo derecho a sacrificarla al egoísmo de la abuela? Nos equivocamos dejándola allí... No alientes mi negligencia; es la verdad. Si pudiera organizar mi vida de otra manera... Por cierto: hoy ha venido una muchacha, por el anuncio del periódico, a ofrecerse como gobernanta. ¡Una sola! ¿Ves?, ¡y vosotros diciendo que acudirían en manada! Si vinieran varias, podríamos elegir. Esta no me gustó. Me pareció tímida, toda torcida.

—¿Jorobada?

—No..., no lo sé. Necesito que intervengas. Regresará el jueves por la tarde; habla tú con ella y decide todo. No

quiero volver a verla, pero desde ya te digo que, en cualquier caso, recta o torcida, será mejor que nada.

—Vas a dar lugar a una situación embarazosa e insostenible. Ya no tienes edad de fantasías.

—Cuéntame, ¿qué ha dicho tu madre?

—En contra de lo que esperaba, aprueba tu decisión...

—Pues claro.

—Pero no cree que uno pueda vivir bajo el mismo techo con una criatura sin llegar a verla nunca.

—Con esta, pobrecilla, creo que será fácil. Te confieso incluso que su fealdad me ha desconcertado. Desearía tener una gobernanta guapa, o al menos graciosa. La belleza sugestionada y da a todo lo que la rodea un aire de elegancia. Imagínate que efectivamente esté lisiada. ¡Será el hazmerreír de los criados y despojará de toda originalidad nuestra situación!

—Prefieres el peligro...

—Para poner a prueba mi impasibilidad y dárme las de héroe —respondió, riendo, Argemiro—. Necesito ejercitar mi voluntad y mi sangre fría.

—¡Bobadas!

—Pero ¿qué quieres que te diga, a ti, que me conoces como la palma de la mano? ¡Vienes con aires extraños a asustarme con un futuro que no promete nada! Sabes bien que el verdadero motivo de esta imposición es este: sería triste ver moverse a mi alrededor una mujer, en esta casa, donde ninguna otra entró después de morir la mía. Mi viudedad es tan melancólica, tan viuda, que solo vivo para sentirla. Estas cosas solo te las cuento a ti por miedo a resultar ridículo. Tú me comprendes: fuiste su amigo, su confesor, supiste de su alma más que yo mismo, entiendes los motivos por los que me aferro. Amo a mi

mujer a través del tiempo, con la misma tenacidad de los primeros días. Ella preside mi vida, soberana. Le expliqué a la otra, cuando vino, que solo una razón me obligaba a imponerle esta cláusula extravagante: no dar pábulo a la maledicencia y a los comentarios de los criados... ¡Como si eso me importase!

—¿Y ella?

—Aceptó.

—En fin..., creo que te equivocas. Pero eso es cosa tuya. Preferiría que te casases, a pesar de que...

—¡Ah, eso nunca! Mi mujer, lo sabes bien, me pidió que no volviera a casarme; me hizo jurárselo... Cumpliré su voluntad. Tanto más cuanto que ninguna mujer me interesa, a no ser...

—A no ser...

—Para esa suerte de amores que solo tiene un sabor: el de la frivolidad. No soy un santo, pero soy fiel. Me creas o no, la verdad es que no me acuesto nunca sin besar el retrato de María, colgado a mi cabecera desde el día de su muerte. Tengo la sensación de que su alma no sale de esta casa que tanto amaba; siento como si me envolviese entero... Ahí fuera soy un viudo como cualquier otro, no me abstengo ni del cortejo a la mujer de salón ni del abrazo a la mujer de pecado; pero tan pronto como entro en mi casa, me parece sentir las manos finas de María tomar las mías y su voz, que no olvido, repetirme aquella frase celosa y que era como un estribillo: «¡Quiéreme solo a mí! ¡Solo a mí!».

Se produjo una pausa. El padre Assunção observó:

—Nuestra María no se parece a la madre...

—Nada.

—Salió a ti.

—Tal vez. Pero vamos a cenar, que tengo que ir a Lírico.<sup>6</sup>

A la mesa, nada más sentarse, Argemiro vio a la derecha de su plato un desgarró en el mantel, del tamaño de una monedita; se lo mostró con gesto enfadado al padre Assunção.

—Naturalmente, hace falta un ama de casa... —observó este.

Comieron sin alegría; a la hora del postre, el criado fue a buscar la caja de los puros y Argemiro, levantando los cubiertos de aleación Christofle, mostró al sacerdote que el tenedor tenía señales de fuego en el borde de los dientes, y que las hojas de los cuchillos comenzaban a bailar en las cachas. ¡Y todo aquello era nuevo!

El padre Assunção sonrió:

—¡Ahora te fijas en todo!

Feliciano trajo los puros y Argemiro advirtió que el negro se surtía en abundancia de sus habanos. ¡Siempre el mismo abuso! Mirando con atención al criado, vio que lucía con cinismo una de sus camisas bordadas; tampoco estaba seguro de haberle dado aquella bonita corbata morada con lunares pardos. Como el padre Assunção se consideraba de casa, Feliciano le presentó a su patrón delante de él las cuentas de la semana.

—¡Una oda al malgasto!

Era un batallón de cifras encarriladas columna abajo, atropellándose en su exageración hasta saltarle a la vista a Argemiro. Desde el proveedor de frutos rojos hasta la

<sup>6</sup> N. de la Trad.: El Teatro Lírico, que hasta la proclamación de la República de Brasil en 1889 era conocido como Theatro Imperial Dom Pedro II, se encontraba en la actual Rua Treze de Maio. Fue demolido en 1934.



zurcidora de ropa blanca, todas las cifras se veían abultadas por la multiplicación del negro.

—¿Ves, Assunção? Casi un millón de reales en quince días, esto en una casa en propiedad, con su bodega y a la que la finca del suegro harta de pavos, huevos, lechones y hortalizas. En tiempos de María estábamos mejor, éramos más personas y gastábamos mucho menos.

—Aún te queda un recurso...

—¿Cuál?

—Una pensión...

—¡Dios me libre! La pensión es la fosa común de la vida. ¡Me repugna! —Y volviéndose hacia el negro—: Ven y explícame una cosa: ¿por qué, pagándole tanto dinero a la costurera, me deja agujeros como este en un mantel?

Feliciano se hacía el tonto cuando le convenía.

—Es una especie de vieja...

—¡Ah! ¡Una especie abominable! Despídela.

Después de cenar, el padre Assunção salió a dar un paseo hasta el Largo do Machado, como de costumbre, y Argemiro fue a vestirse para el espectáculo. Cuando, ya cambiado, iba a ponerse el sobretodo, vio cómo Feliciano le tendía un papel, murmurando con la mayor naturalidad:

—Una cuenta más que había olvidado entregarle; estaba en el fondo del bolsillo.

—Tu bolsillo no tiene fondo, ¿no acaba de llenarse nunca! ¿Qué cuenta es esta?

—Una cuenta antigua, de un coche.

Argemiro estaba de buen humor. Se rio. Y salió pensando: «¡Se te ha acabado el reinado, ladrón!».

\*\*\*